

Mención, Concurso XXVII, 1994

VIAJE DE INVIERNO

José Andrés Acosta Cuevas*

La fachada del edificio es de mármol blanco. Como si quebrara un huevo con la esperanza de encontrar algo más que clara y yema, entro en la sala de espera: hay un juego de sillones negros de piel, amplios y cómodos; las paredes son de un verde claro y la iluminación es tenue; me recuerda a la del oftalmólogo. Según algunas opiniones de sicólogos de revista de modas, esta atmósfera es ideal para calmar los nervios de los que esperan: a mí me asfixia, me siento como K en los tribunales.

Herman me recibe con media hora de retraso. Dos hombres sonrientes, vestidos con trajes impecables salen de su privado. Después de invitarme un café y averiguar cómo conocí a su padre (ah qué mi papá, siempre con sus excentricidades), me hace algunas preguntas.

—¿Sabes conducir?

—Sí.

—¿Distingues bien entre la izquierda y la derecha?

—Por supuesto.

—Mira, necesitamos a alguien que tenga un excelente sentido de orientación. La persona que teníamos resultó un poco torpe en este aspecto, confundió su derecha y acabó en el hospital.

—¿Es peligroso?

—No te espantes, es muy sencillo; nada más tienes que seguir las indicaciones y practicar. Baja la voz y estira el cuello hacia mí como una tortuga— tenemos un truco infalible...

Cuando Herman termina la explicación, me dice cuánto piensan pagarme. Sin terminar de leer el contrato lo firmo y llama a su secretaria para que me extienda un cheque por la mitad del total: lo suficiente para liquidar seis meses de renta.

—Te quiero el sábado a las ocho de la noche en el autódromo. Voy a estar personalmente para llevar a cabo el ensayo. Dentro de una semana va a ser el evento y todo tiene que salir a la perfección.

* Facultad de Derecho, UNAM.

Fragmento de novela

—Así va a ser —contesto con aplomo, aunque no me puedo imaginar a mí mismo conduciendo un automóvil último modelo en esas condiciones.

—¿Podemos vernos en una hora en el Huarache Veloz? Por la inflexión de la voz de Carmen, sé que algo inesperado ha sucedido.

—Sí ¿Cómo estás? ¿Ya te repusiste?

—De eso quiero hablarte.

—¿Por qué no me dices de una vez?

—Prefiero comunicártelo de frente.

Salgo a la calle, lo único que se me ocurre es pasear por el parque durante esta hora. Súbitamente me siento débil, las piernas me duelen, tal vez pesque un catarro: dentro de poco tendré la voz mormada, abundante flujo nasal y estornudaré, pero ése no será el verdadero mal. Se avecina una serie de padecimientos; de la misma manera en que se suele predecir una tormenta por la cantidad y la posición de los nimbostratos, por la dirección y la humedad del aire, sé que algo está llegando y debo averiguar de qué se trata. Uno nunca sabe lo que lo carcome por dentro, como a una manzana podrida. Pienso en los ácaros, minúsculos arácnidos capaces de cavar galerías microscópicas debajo de la piel de un ser humano. *La falta de aseo, la convivencia con animales domésticos y demás factores fortuitos originan la posibilidad de que ellos aparezcan en nuestras vidas*, según reza un viejo manual de anatomía e higiene. No sería difícil que mientras uno duerme, los infatigables ácaros trabajaran haciendo sus túneles en nuestra epidermis, con toda tranquilidad y sin que nosotros lo supiéramos: uno puede rascarse los brazos entre sueños cada noche durante varias semanas, mientras estos seres aran, y al despertar, no ser más que un amasijo de huesos. Sin notarlo, uno se rasura como cada mañana, desayuna de prisa y en el momento de levantarse para abrir la puerta de su casa, cae al suelo deshecho, reducido a un fino polvo.

El Huarache Veloz es una lonchería adonde acuden los oficinistas del rumbo. Llegan a la hora de la comida como una parvada de palomas sobre las migajas de pan; ocupan las mesas cubiertas con manteles cuadriculados, en grupos de cuatro o cinco y soltando suspiros. Platican de bonificaciones, de horarios y de una guerra que se desarrolla entre escritorios y archiveros: la feria de los celos, los chismes, las transas, los amoríos, los corajes... Un ambiente conocido.

Por fin llega Carmen, veinte minutos tarde. He conseguido la misma mesa en que estuvimos la primera vez. Ella no parece notarlo: en sus ojos hay una preocupación distinta. Se niega a comer.

—Mejor pídemme una coca cola.

No sé por medio de qué carambola mental cuando ella menciona el refresco, yo recuerdo aquella botella que aparece en mi sueño, intacta entre las ruinas, después de un posible terremoto. Una simple botella era la única sobreviviente de aquella tragedia.

—No es que te apresure. Pero necesito saber qué pasa.

—El asunto es que lo vi.

—¿A quién?

—A Héctor. El viernes pedí permiso para salir temprano de la biblioteca. Estaba confundida y se acercaba la hora de encontrarme con Laura para ir al médico. Sin pensarlo, me fui acercando a la casa de Héctor y toqué el timbre. Al abrir la puerta me puse a llorar frente a él como una niña: le conté todo. Me hizo pasar y me convenció de no hacerlo y de que te devuelva el dinero.

—¿Cómo! ¿No abortaste?

—No lo grites.

—¿Quién se va a hacer cargo del niño?

—Él y yo. Nos vamos a casar. Bueno, después de que consiga su divorcio.

—Si está casado, ¿crees que se divorcie por ti?

—Está separado de su mujer desde hace mucho tiempo. Lo que no ha conseguido es que ella firme los papeles para tener el acta..

—¿Por qué no?

—Porque él vivía con otra muchacha y la mujer de Héctor no quería que se casaran. Claro que ahora ya no anda con la muchacha.

—... Estás cometiendo un error, Carmen. Perdóname que te sermonee: creo que él no te ofrece ninguna seguridad. Estás en una situación delicada y por lo que se infiere Héctor no va a responder por ti. Además no comprendo el cambio tan brusco de parecer; hace unos días estabas decidida a abortar y ahora no.

—En el último momento todo cambió. Es algo que no se puede explicar —no ha tocado su coca cola; permanece fría y entera sobre la mesa. De su bolsa extrae un sobre rosado. Toma tu dinero, Héctor me aconsejó que te lo devolviera cuanto antes.

—No lo quiero. Úsalo para el parto —las palabras salen de mi boca sin que pueda frenarlas—. Ya conseguí un buen trabajo y no me hace falta. No me hace falta nada ni nadie.

Tan seguro de manejar que basta con los ojos vendados puede hacerlo, es el lema de la campaña publicitaria de Herman; incluye carteles con un hombre al volante con los ojos vendados que lleva a su familia de paseo. El gesto del hombre es el de alguien confiado, casi contento, mientras la mujer de junto lleva a un bebé en sus brazos y los dos niños de atrás juegan entre sí.

El evento será televisado en vivo a las doce de la noche, cuando la afluencia de automóviles es menor. Me han dado un mapa del recorrido para que lo memorice. El balazo de salida será dado en la glorieta de los Insurgentes y la meta estará en el Hotel de México. Con la intención de aumentar la espectacularidad, habrá un carril especial para mí en el que se colocarán unas minas que irán explotando a determinada hora o si se llega a hacer contacto con ellas, por lo que hay que cruzarlas a tiempo y sin tocarlas.

El aspecto más importante y secreto es que usaré un pequeño receptor en

Fragmento de novela

mi oído izquierdo, disimulado bajo una punta del pañuelo con el que me vendarán los ojos (en realidad, desde que me quite los anteojos no voy a ver nada). Al final de la travesía, en el momento de ser retirado el pañuelo por una edecán, ella se encargará de escamotear el audífono. Después brindaremos por el nuevo modelo del automóvil y a la mañana siguiente tendré mi otra parte del dinero.

En el fondo del mar viven los seres más extraños del planeta; son los más lejanos y difíciles de observar. Su oscura existencia es desconocida en buena parte, su variedad es extensa, algunos ni siquiera han tenido la ventura de ganarse un nombre. En los últimos años, desde que los buzos y espeleólogos han tenido la oportunidad de explorar los abismos oceánicos, se han descubierto especies insospechadas; conocer su comportamiento por periodos prolongados resulta una labor poco viable y peligrosa. Dentro de este universo, hay peces que emiten luz; que producen descargas eléctricas; que se inflan como globos; crustáceos que viven bajo una piedra que cargan sobre su lomo de un lado a otro; seres intermedios entre lo vegetal y lo animal; pulpos gigantes con la cabeza arrugada, verdaderos monstruos que sin embargo no se sustraen a la belleza de sus movimientos dentro del agua, a su danza de ágiles y acoplados tentáculos...

No sé qué sucederá dentro de unas horas; pase lo que pase quiero estar preparado antes de abordar el vehículo. Que nada me tome por sorpresa, que nada quede pendiente. Una de las cosas que siempre he querido y no he podido hacer es viajar fuera del país. Por no interrumpir mis estudios, o por problemas familiares, por la falta de mi cartilla militar o de dinero, nunca he traspasado las fronteras. Cuando esta frustración me embarga, recuerdo a ese personaje de Cortázar: Traveler, que en su peculiar nombre soporta el peso de la ironía, ya que a pesar de llamarse así, a lo largo de su vida ha permanecido clavado en su tierra como Cristo en la cruz.

Existen límites más esenciales que traspasar. Recostado sobre el sillón me sumerjo en la duermevela en un intento de alcanzar las profundidades: descendiendo lentamente, la temperatura disminuye, voy entrando en una noche acuática, la luz de la conciencia se refracta en la superficie que se queda allá arriba, se quiebra en rayos difusos.

En el fondo de nuestra mente habitan los sentimientos más extraños del hombre; son los más complicados y difíciles de entender. Su recóndita existencia es ignorada en buena parte. En esas honduras hay un miedo incrustado de trozos iridiscentes de valor; hay un deseo de matar revestido con la coraza del amor; un impulso de autodestrucción con la cabeza partida en dos; hay un fitoplancton de esperanza...

Arranco el motor del automóvil, su sonido es grave y parejo, muevo la palanca de velocidades que se desliza con suavidad hacia adelante. Es el inicio del recorrido, sé que hay miles de ojos que observan lo que hago; yo soy el único que no ve: percibo el movimiento del coche, las irregularidades del asfalto, el olor de la piel de los asientos mezclado con el del óxido de carbono que penetra por la ventanilla. De pronto la voz de Herman sorprende mi oído izquierdo.

—Tranquilo muchacho, has comenzado bien. Tienes que girar a la izquierda para salir del estacionamiento.

—¿A la izquierda imbécil? Es a la derecha —pronuncio en voz baja aunque sé que el no puede escucharme porque está metido en una camioneta a cien metros de distancia de mí, vigilándome por medio de un monitor—. Tú eres el que no distingue un lado del otro. Valiente guía tengo.

El volante responde a mis manos con docilidad. Sé que estoy en Insurgentes, acelero para adelantar la primera mina; a unos cuantos metros detrás de mí estalla; la gente aplaude y yo siento un ligero empujón.

—Perfecto, ya la libramos. Sigue derecho.

Ahora entiendo por qué mi antecesor está en el hospital. Gracias a eso estoy ganándome una buena cantidad de dinero. En realidad el truco es excelente, sólo debo interpretar con acierto las indicaciones de Herman el Orientado. Si cada día tuviéramos una voz que nos indicara qué hacer, las cosas serían distintas; en vez de esto, hay una infinidad de voces que dictan órdenes diversas y contradictorias. No consigo dejar de pensar en Carmen, su cara se me aparece en la oscuridad; si hubiera sabido cómo actuar con ella en el momento preciso, no habría regresado con Héctor.

Escucho música por el audífono. ¿Se le habrá ocurrido a Herman amenizarme el trayecto? Son las canciones del *Viaje de invierno* de Schubert interpretadas por Dietrich Fisher Dieskau. Debo admitir que tiene buen gusto; son de una melancolía firme y bella, su ritmo coincide con mi avance. Me imagino a mí mismo como un viajero que en una noche helada debe caminar entre la nieve dando con cuidado cada paso. Un Ulises invernal que emprende el largo retorno desde otro punto geográfico. Schubert compuso el *Viaje de invierno* a los 29 años, la edad que tengo actualmente. Él murió a los 31 dejando muchas obras valiosas; mientras vivió su personalidad no fue apreciada, era tímido y nunca ocupó cargos importantes. La diferencia entre ambos es que yo no he hecho nada.

—Viene la segunda mina, alineate unos cinco grados a la derecha. El canto de Dietrich me impide oír con claridad a Herman; temo que lo que recibo sea la interferencia de una estación radiofónica. Esta vez el estallido es más cercano. De inmediato aumento la velocidad para cronometrarme con la siguiente.

—¿Qué haces? ¡Casi rozas el explosivo! —grita Herman debilitado por el volumen de la música, engarzando su voz en la del barítono.

Los mensajes comerciales rompen mi concentración, he perdido a Herman definitivamente. Como si quisiera rascarme la oreja arranco el audífono con mi mano y lo guardo en el bolsillo de los pantalones. No me queda más guía que la memoria y la intuición. Las calles que atravieso son parte de un mapa

imaginario, ya no son las calles reales que tantas veces he recorrido. Me interno en otra ciudad, donde la fisonomía de las casas y edificios corresponde a los caprichos de un juego espontáneo que se suscita en mi mente. Cada construcción tiene forma de una cabeza distinta, algunas son conocidas: ahí están la del doctor Edmundo García Maya, la de Carmen, Picaso el lavacoches, el Simio y Max. Es algo similar al sueño que tuve antes de hablarle a Carmen, donde aparecen dos esculturas en forma de cabeza que pertenecen a una gran fábrica.

Sacudo la cabeza; estoy a punto de dormirme y la tercera mina debe estar cerca. Será mejor que utilice de nuevo el audífono, es posible que se haya perdido la señal de la estación de radio. Lo saco del bolsillo y disimuladamente me lo coloco.

No hubo buena suerte. Lo que transmiten ahora es el cuarto movimiento de la *Sinfonía número uno* de Mahler: tempestuoso. En la parte más agitada y dramática de la pieza, cuando los instrumentos anuncian con estruendo una catástrofe, siento un golpe seco debajo del coche. Durante un segundo la fuerza de gravedad es burlada por el automóvil, da una maroma y luego cae de cabeza. Me pego contra el techo y siento calor. En esta posición el vehículo se desliza todavía unos metros, como si el asfalto estuviera cubierto de hielo. La sensación no deja de proporcionarme un extraño e incierto placer; el pequeño núcleo de gozo infantil de quien en medio del peligro sabe que existe una protección, que no puede sucederle algo malo porque alguien no lo permitirá. Igual que un relámpago me veo a mí mismo en medio de una selva, con el cuerpo de un cinocéfalo que al mismo tiempo conserva mis rasgos personales: participo de una doble naturaleza. Me veo ejecutar una danza con otros monos; los movimientos son semejantes a un ritual. Nos agachamos y un rumor sordo va creciendo, con nuestros puños aporreamos la tierra y con el hocico emitimos ruidos. Un ritmo repetitivo se posesiona de la danza hasta llegar al máximo fervor. Sin darme cuenta, estamos orando a gritos. El coche se detiene. Las cartas del Tarot pasan por mi mente en un caudal. ¿Dónde quedaron Kant y Kelsen; el positivismo y mis libros?

Desde afuera intentan abrir la portezuela: está atorada, igual que mis brazos. El calor aumenta, crepita el fuego; si al menos pudiera quitarme el pañuelo de los ojos. Las sirenas son un quejido alarmante. Escucho una sierra eléctrica, sus dientes muerden el metal de la carrocería. Me liberan del cinturón y al fin puedo retirar el pañuelo. Entre los bomberos que dejan caer chorros de agua y un socorrista que me jala de las piernas, me libero del infierno en medio de la confusión. Veo a Herman y a su padre el manco.

—¿Estás bien? —preguntan.

Y yo me río no sé por qué.

—Sí estoy bien, muy bien...

Sigo riendo aunque me tiembla el cuerpo y estoy en el suelo sin zapatos, húmedo, con un brazo dislocado, sin Carmen, sin trabajo, sin una obra valiosa, sin escepticismo, sin casa propia ni título profesional, sin relaciones sociales, sin mis láminas de plata, sin televisor, sin horno de microondas, sin coche (más que el montón de fierros retorcidos del que acabo de salir, que por suer-

te no es mío), sin computadora, sin raqueta de tenis, sin anteojos de carey, con las muelas picadas y una uña enterrada, miope, con mala memoria, moreno, flaco, cacarizo y de barba rala, mal bebedor, mal encestador en el basquetbol, bueno para las canicas y el balero, sin aptitudes para el canto ni la guitarra, amante de los animales...

